



LA MENTALIDAD ARAUCANA

POR

TOMAS GUEVARA

(Continuacion)

CAPITULO II

EFFECTOS DE LA CONSTITUCION POLÍTICA EN LA MENTALIDAD DE LOS INDÍJENAS

La guerra i su armonía con la organizacion.—La guerra ántes de la conquista.—La guerra de los araucanos en la conquista.—Uniformidad en las costumbres guerreras de las colectividades americanas.—Revista de las principales razas.—Los procedimientos guerreros de los araucanos iguales a los de las demas comunidades americanas.—Algunos recuerdos de la conquista.—Causas que favorecieron la resistencia de los araucanos.—Otras consecuencias de la organizacion en la mentalidad de los indios.

Esta constitucion política de las comunidades americanas repercute en todas las intuciones, principiando por la gue-

rra. Conforme a la estructura de las corporaciones de parientes, se generaba la disposicion militar. La bandas de guerra iban a la pelea por separado, cada cual representando a su respectiva agrupacion, aun cuando el ataque o la defensa hubieran sido acordados en una junta jeneral de tribus no emparentadas i aun cuando de comun convenio se hubiese delegado el mando en un solo caudillo.

No solamente el mando i la accion independiente de las masas armadas indicaban que la guerra era una funcion colectiva, sino tambien su finalidad, pues del ataque o de la defensa de todos dependian la fuerza i la integridad tribal. Pero las familias emparentadas, aunque se prestaran mútuos auxilios contra el enemigo, no dejaban de mantenerse siempre reconcentradas en sí mismas.

En un período prehispano, los grupos no ligados por parentesco se consideraban enemigos i vivian en una constante zozobra i desconfianza, por lo que tenian necesidad de permanecer con las armas en las manos.

Los motivos de las acometidas se multiplicaban entónces conforme a las exigencias de esta organizacion i al concepto de los aboríjenes sobre las cosas i las instituciones. La necesidad de tomar mujeres de tribus estrañas i la de castigar a los autores de muerte por brujería, defender las zonas de caza i pesca, resarcirse en especies de ofensas i perjuicios, fueron el acicate de las agresiones durante la organizacion de la familia uterina.

En el grado máximo a que llegó el patriarcado entre los araucanos, cuando la agricultura i la cria de animales en corta escala crecieron un tanto i dividieron el trabajo, cuando los linajes consanguíneos mui densos se fraccionaron en familias nuevas que ocupaban otros sitios, la guerra se hizo mas frecuente i sostenida; porque se despertó la codicia, el incentivo del botín, en las parcialidades menos favorecidas de bienes i para asaltar las casas i campiñas de las que habian acumulado mayor suma de riquezas.

Las tribus, con tantas causas de agresion, hicieron de la

guerra en todo el continente un estado normal i permanente; el de paz no existia en realidad.

La guerra no se circunscribió a las tribus, en choques pépetuos unas con otras, sino que extendió su radio de accion a los invasores españoles, que les trajeron mejores armas que imitar i el caballo, factor bélico que vino a revolucionar los procedimientos de movilizacion i combate de los indios.

Antes de la conquista, las unidades indijenas formaban pueblos a pié. Eran grandes corredores, infatigables andadores, pero sus correrías no se dilataban mucho en espacio. Al cabo de medio siglo, cambiáronse en pueblos a caballo e hiciéronse, en consecuencia, mas guerreros, vagabundos, inquietos i agresivos; las escursiones se estendieron lejos de su residencia i los robos i las muertes aumentaron en proporcion al número de caballos. En posesion de este precioso auxiliar, las tribus cazadoras de las llanuras perfeccionaron sus modos de capturar animales, ántes penosos i de simples estratajemas; los de topografía quebrada como los araucanos pasaron rápidamente a ser ganaderos, i todos se hicieron infatigables jinetes, que podian permanecer dias tras dias sobre el caballo sin la menor muestra de cansancio. Estas sociedades caballistas como los araucanos de este i del otro lado de los Andes, llegaban en sus ejercicios hasta el arte de una verdadera equitacion.

Estas guerras de tribu a tribu o de éstas contra el invasor, despertaban odios i venganzas feroces que no se extinguian jamas. Entre los araucanos, como entre las demas colectividades americanas, hubo familias, zonas enteras, que se odiaron a muerte hasta su total desaparicion.

Todas estas agrupaciones tenian muchos puntos de contacto en sus procedimientos guerreros. En todas partes se elejia accidentalmente un caudillo militar; rara vez habia uno de funciones permanentes. El elejido sobresalia por sus fuerzas físicas, por su valor i destreza en el manejo de las armas. De ordinario, estas cualidades primaban sobre las dotes de índole intelectual, no siempre apreciadas suficiente-

mente en el criterio del indíjena. Este jefe mandaba a la jente movilizada de su parcialidad i acaudillaba a los contingentes de las tribus que por incidencia se habian unido en confederacion.

En los preliminares de una empresa bélica intervenian en todas partes los adivinos, i comun era, asimismo, que los indios que iban a entrar en campaña se sometieran a privaciones de ciertos alimentos, ayunos i abstenciones sexuales.

En todas las colectividades existian las mismas prácticas de arrogancia para desafiar al enemigo i atribuir a honor incomparable matar al contendiente; la misma costumbre para adornarse con cabezas i pieles de animales, plumas de aves, que se consideraban protectores o de cuyas propiedades querian apoderarse por influencia mágica; los mismos usos para sacrificar cruelmente a los prisioneros i en algunas razas para comérselos.

No diferian en la táctica para entrar a pelear, ni en el carácter de sus combates, reducidos por regla casi invariable a sorpresas contra el enemigo, emboscadas, trampas, arremetidas sucesivas o reculadas en desórden.

No formaban cuadros ordenados i de cierta duracion, sino muchedumbre, número de hombres, individualmente diestros en el manejo de alguna arma. Era, en suma, la guerra de astucia, de planes simples y no complejos, recargada de crueldades, asesinatos i rapiñas.

Ninguna colectividad indíjena, pequeña o grande, estaba exenta en los dos continentes de estos hábitos de natural belicosidad. Es, en consecuencia, un absurdo atribuir un poder batallador exclusivamente a la raza araucana. Las crónicas comparadas, la arqueología y las características sociológicas de las tribus americanas, han establecido hoi de un modo concluyente que la capacidad guerrera fué en todas ellas un hecho sincrónico i no particularizado a una o unas cuantas; aun mas, está suficientemente comprobado que esa potencialidad de combate se acrecentó con las luchas que siguieron a la

invasión europea en los pueblos favorecidos por ciertas condiciones topográficas o sociales.

Consideramos congruente con el objeto principal de este libro hacer una breve enumeración que afirme este aserto.

Así, es sabido que la raza piel-roja i las demas norte-americanas estaban constituidas como colectividades esencialmente guerreras, i que combatieron con sus dominadores hasta el fin de su existencia independiente.

Tanto las razas autóctonas de las Antillas como la de los caribes que las desplazaron, vivieron constantemente peleando. Los últimos, en movimiento sucesivo de emigración, se establecieron, saliendo del centro del Brasil, en las Guayanas, Venezuela i las Antillas. Después de estas conquistas, resistieron a los españoles con tesón inquebrantable i continuaron en una activa guerra de sorpresas con las tribus vecinas, a fin de tomar cautivos i venderlos. Preferían los párvulos i las mujeres para dedicarlos a los trabajos de la tribu. Eran antropófagos, circunstancia que estimulaba su ferocidad guerrera (1).

Los numerosos pueblos de la hoya del Orinoco vivieron igualmente dedicados a la agresión perpétua de las agrupaciones comarcanas. «Son los otomacos, dice un cronista, de un valor brutal i temerario. Salían a pelear con los caribes a pampa rasa, i jamás volvieron pie atrás, hasta que los aterraron con las armas de fuego» (2).

Las balandronadas i desafíos singulares, tan frecuentes en los indios de todas las razas americanas, se exteriorizaban entre los luchadores del Orinoco en estos gritos: «Yo soi bravo como un tigre; yo soi rabioso como un caiman; i cada cual dice su desatino a este mismo tono».

«Todas sus guerras se reducían a emboscadas, retiradas falsas, asaltos nocturnos i otras inventivas. No tenían dis-

(1) Von den Stein, *Durch Central Brasilien*.

(2) *Historia natural, civil i jeográfica de las naciones situadas en las riberas del Orinoco*, por el padre Joseph Gumilla, tomo I, pág. 176.

ciplina ni subordinación: los cabecillas se retiraban con su jente de la masa de confederados cuando querian» (1).

El territorio del Nuevo Reino de Granada estuvo habitado por núcleos de familias, que en un período mas adelantado se asociaron para constituir confederaciones poderosas: una tribu se hacia el centro o la principal de muchas otras. Las confederaciones de mayor importancia eran las de los chibchas o muiscas, de los pantagoros, los panches, los suta-gaos, los chitareros i los laches. Tanto las llamadas naciones como las tribus que las formaban, vivieron en continuas guerras unas con otras i despues todas con el invasor español. Caracterizábanse por una potencialidad de combate estremada (2).

«Llevaban con la fuerza espías i corredores que observaban al enemigo y daban cuenta de todo. Antes de salir a la guerra pasaban una lunación cantando, a la puerta de los templos al sol i a la luna para que los favorecieran. Terminada la guerra, se entretenian muchos dias en bailes, canciones i regocijos en que representaban sus victorias; si volvian vencidos, pedian perdon a los dioses de su loca determinación.

Cada cacique tomaba sitio diferente en el campamento, distinguiéndose por sus insignias de colores diversos.

Peleaban formados en cuerpos, pero no ordenados i en filas como los españoles, sino apartados. Distinguíanse los nobles por sus penachos ondeantes de hermosas plumas de guacamayos i papagayos, metidas en anchas cintas de oro fino. Iban los soldados aderezados de plumas i armados con picas de palma negra, de seis a diez palmos de largo, tostadas en la punta, macanas a manera de pesadas espadas que jugaban a dos manos i daban gran golpe; varas puntiagu-

(1) Id., tomo II, pág. 99.

(2) *Historia de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, por el obispo Fernández de Piedrahita, capítulo II.

das usadas en lugar de saetas; hondas, tiraderas que llevaban sobre el brazo para lanzar dardos.

Empezaba la lid con estrepitosa vocería, acompañada de instrumentos músicos.

Cruzábanse infinidad de flechas por los aires, hiriendo a los combatientes que caían revolcándose por el suelo, donde rodaban penachos, escudos i diademas. Las duras piedras dejaban en los cuerpos profundas i dolorosas señales. Los terribles golpes de macanas rompían cabezas, brazos i piernas, i ensangrentaban los rostros. Redoblaban los gritos de uno i otro lado; retumbaban los caracoles marinos i tamboriles de diversos tamaños; los jefes iban a una i otra parte animando a sus soldados. El vencedor se volvía a sus tierras cargado con los despojos del vencido» (1).

No menos indomables batalladoras fueron otras comunidades del mismo territorio, entre las cuales sobresalieron los paeces por su tenacidad para combatir con los españoles i mantener la independencia de sus tierras (2).

Los indios que poblaban el territorio que hoy es la República del Ecuador, se distinguieron, asimismo, por sus tendencias estremadamente bélicas: en guerras perpétuas primero entre sí, resistieron después la invasión de los incas, sobresaliendo en esta encarnizada lucha los quitos del norte, los paltas i cañaris del sur, según los cronistas Sarmiento i Garcilaso.

La raza guaraní, que ocupaba una superficie tan dilatada en los territorios del Brasil, Argentina i Paraguai, se hallaba animada, como las demás colectividades sud-americanas, de esta propensión a la lucha habitual. Dice un escritor español: «Entre tanta diversidad de naciones, la más afamada, i que fué como la dominante, es la valerosa nación guaraní, que muy ajena a reconocer extraño dominio, ni rendir vasallaje a ninguna, llegó a contrarrestar todo el poder de los incas.

(1) *Los chibchas* por Vicente Restrepo, pág. 105.

(2) *Prehistoria i viajes*, por Carlos Cuervo Márquez, pág. 75.

La guerra, pues, como insinuamos, fué el empleo a que se dedicaron con todo afecto» (1).

«Para convocarse a guerra se valian de humos o grandes hogueras que enciende cada cacique en su territorio, en cuya intelijencia son mui diestros». Cargaban con una gritería atronadora para asustar al enemigo. Cortaban la cabeza de los vencidos i en el mismo campo de la refriega la ensartaban en la punta de un palo o de una lanza como trofeo de victoria (2).

Los charrúas, indios errantes que habitaban entre los rios Uruguai i Paraná, formaban asimismo secciones estremadamente belicosas, enemigas irreconciliables de los españoles. Peleaban con las tribus inmediatas por fútiles motivos.

Mandaban descubiertas, las cuales, al ser perseguidas, huian por caminos distintos del que traian sus escuadrones.

Montaban en pelo para estar mas desembarazados en el ataque o en la retirada, i resistian con facilidad los rigores de la intemperie i los efectos del hambre.

Para atacar se fraccionaban en pelotones, segun la situacion del enemigo. Cuando estaban cerca, embestian con estrépito calculado para causar terror; «gritan, dice el autor de quien se toman estas noticias, dándose palmadas en la boca i se arrojan como rayos, matando irremisiblemente cuanto encuentran, menos a las mujeres i a los muchachos menores de doce años» (3).

Efectuaban de ordinario sus ataques ántes del alba, i a otra hora cuando las necesidades de la guerra así lo exigian. Verificaban emboscadas oportunas i fugas simuladas. Ningun fujitivo se les escapaba.

No temian las descargas cerradas sino el fuego graneado;

(1) *Conquista del Paraguai*, por el padre Lozano, tomo I, páj. 400.

(2) *Historia de la Conquista del Paraguai*, por el padre José Guevara, tomo I, páj. 19.

(3) *Descripcion e Historia del Paraguai i del Rio de la Plata*, por Félix Azara, tomo I, páj. 148.

cuando se les queria herir con las primeras, se retiraban haciendo morisquetas.

«Quizas han derramado los charrúas hasta hoi, afirma el escritor en referencia, mas sangre que los ejércitos del Inca i Motezuma. Para sujetarlos se han despachado muchas veces mas de mil soldados veteranos» (1).

Sin excepcion, los indijenas del litoral platense fueron batalladores incansables: «Tratándose de pueblos que continuamente estaban en pie de guerra esterminadora, en continua movilidad i pendencia, o dispuestos al ataque de enemigos tambien sagaces, no es posible que hayan faltado directores militares» (2). Dirijia por lo comun el cacique las operaciones de guerra.

Los indios bolivianos de la provincia de Pacases, donde está hoi La Paz, se distinguieron por su inclinacion apasionada a la guerra. Entraban en escuadrones de 100 i 200 hombres a pié, desnudos i pintados los brazos, las piernas i el rostro, para atemorizar a sus enemigos. Tenian como armas el arco, la macana, flechas, hondas i rodelas.

Los famosos calchaquíes del norte de la Arjentina se manifestaron siempre indómitos a la dominacion española. Un cronista da acerca de ellos estos informes: «Su inquebrantable fiereza puso en peligro tan inminente en Tucuman la conquista española como la de los araucanos en Chile»(3). Servia de estímulo a esta propension batalladora i de resistencia a los dominadores peninsulares la adopcion del caballo i lo quebrado del terreno. «Siendo los calchaquíes de jenios montaraces, se les aumentaba la ferocidad en la fragocidad

(1) *Los primitivos habitantes del delta y del Paraná*, por Luis María Torres, páj. 457.

(2) *Los primitivos habitantes del delta del Paraná*, por Luis María Torres, páj. 457.

(3) *Memoria histórica de la provincia de Tucuman*, Buenos Aires, 1882 páj. 42.

del terreno, que todo se compone de altísimas i mui agrias cordilleras» (1).

«Habitaban los calchaquíes, informa otro cronista, en la orilla izquierda del Paraná, i feroces como tigres o leones, devastaban los vecinos pueblos de indios i españoles, llevando el terror por todas partes i haciéndose terribles mas por su crueldad que por su números» (2).

Para domar su fiereza, los españoles tuvieron que trasplantarlos a otros lugares, a semejanza de las traslaciones *mitimaes* de los incas, despues de mas de un siglo de resistencia.

Los conquistadores que arribaron al rio de la Plata, en lo que ahora es la provincia de Buenos Aires, hallaron unos indios, que ahora se suponen de estirpe puelche del norte, llamados querandíes i dotados de un poder de lucha en nada inferior a las otras razas.

«Los querandíes distinguieronse por la tenaz resistencia que opusieron a las huestes conquistadoras y por el valor que demostraron tener en los combates que sostuvieron con éstas; más de una vez pusieron en serios apuros a los españoles haciendo peligrar la prosperidad de sus establecimientos en esta parte de América.

En su réjimen militar, toda la poblacion adulta tomaba las armas en caso de guerra» (3).

Convocaban una junta para acordar los pormenores de la campaña i en ella se elejía por jefe principal al que acreditaba antecedentes relevantes de valor i pericia. Con anterioridad a sus encuentros, tomaban la precaucion de esconder a sus mujeres e hijos para no dejarlos espuestos a la venganza de los invasores.

«Parece que tenian, ó por lo menos guardaban, una cierta

(1) *Conquista del Paraguai*, Lozano, tomo IV, pág. 183, edicion de 1874 Tomo I, páj. 177.

(2) *Historia de la provincia del Paraguai* por el padre Nicolas del Techo, tomo V. páj. 116.

(3) *Los Querandíes* por Félix Outes.

formacion antes de que comenzase el combate; lanzábanse con furia sobre sus enemigos, con los que se *entreveraban*, individualizándose entónces la lucha. Estos *entreveros* eran los que perjudicaban más a los españoles, pues como los indios estaban en una proporcion de diez contra uno, aquéllos se veian imposibilitados para la ofensiva, teniendo que concretarse a la defensa de arma blanca, puesto que se dañaban ellos mismos al emplear los arcabuses ó cañones, miéntras que los indios hacian prodijios con su arma favorita, que era la bola» (1).

Los querandíes se extinguieron en primer lugar entre las ramas afines que poblaron las inmensas llanuras argentinas.

Los puelches, comprendiendo con esta denominacion a las diversas estirpes o naciones como dicen los autores de etnografía, eran tambien infatigables luchadores; pelearon siempre con los españoles, con las guarniciones argentinas i con las demas tribus pampeanas (2).

«En una guerra jeneral, si varias naciones hacen alianza contra un enemigo comun, eligen un Apo o jeneral en jefe que será el de mas edad o el mas prestigioso de los caciques. Este puesto honorífico, no obstante de ser electivo desde hace muchos años, se ha vuelto mas hereditario entre los indios del sur.

La costumbre es que asienten su real a unas 30 ó 40 leguas del país de los enemigos al objeto de no ser sentidos i desde allí desprenden bombos que salen a registrar los lugares que han de ser atacados: estos se ocultan de dia, pero de noche salen de sus escondites i examinan con toda prolijidad cada casa i estancia de los pueblitos poco concentrados que piensan atacar, para poder así dar cuenta de su ubicacion, el número de sus habitantes i los recursos de que disponen para defenderse. Habiéndose enterado bien de todo, pasan a comunicar sus informes al cuerpo de ejército, que espe-

(1) Outes, obra citada.

(2) *Descripcion de la Patagonia* por el P. Tomas Falkener.

ra el plenilunio para llevar a cabo el asalto, porque no les falte luz para su intentona. Al acercarse al punto a que se dirijen se reparten en pequeñas partidas; a cada una de éstas se le señala la casa o estancia que ha de atacar. Poco despues de la media noche dan el asalto, matan a todo hombre que se resiste i se llevan las mujeres i niños de esclavos» (1).

El mismo autor informa que las indias solian tomar tambien participacion en las campañas i, cargaban macanas, boleadoras i a veces sables.

Estos indios de las pampas saqueaban en sus correrias cuanto encontraban a mano i retrocedían inmediatamente a sus tierras en jornadas de cincuenta i cien leguas. Cuando se creian seguros de no ser alcanzados, procedian al reparto del botin, operacion que de ordinario dejeneraba en una riña a mano armada.

«En las guerras entre sí i con los españoles también, la causa de orijen, las mas de las veces, es algun agravio que se empeñan en vengar; pero otras veces ella nace de la falta de bastimento o de propension al pillaje.

Aunque las diferentes naciones se hallan en continúa guerra entre sí, no por eso dejan de unirse para dar contra los españoles, en cual caso eligen un Apo o capitán jeneral que los mande; otras veces cada nacion hace la guerra por cuenta propia» (2).

De la rama *tehuelhet* o *tehuelche*, conocida con el nombre de patagones, da un autor frances la siguiente noticia sobre la táctica de estos indios: «Su modo de hacer la guerra es el mismo de casi todos los bárbaros: sin batallas ordenadas sino sorpresas, escaramuzas, ataques repentinos, fugas precipitadas. El pampeano es valiente, pero no considera que sea deshonra la fuga; i cuando se siente más débil, vuelve riendas i se escapa con toda la rapidez de su caballo, no de-

(1) *Descripcion de la Patagonia* por el P. Falkner, páj. 107.

(2) Falkner, páj. 108.

teniéndose sino cuando se halla al abrigo del peligro. Si ve que puede ser alcanzado o que se le ha cortado toda retirada, se vuelve i hace frente como el jabalí acosado por los perros» (1).

El caballo era el primer elemento de guerra de los tehuelchés. Fueron los huilliches de origen araucano los introductores de este animal entre las poblaciones de la Patagonia i los que transmitieron a las llanuras australes algunos vestigios de la civilizacion peruana, que se encuentran en la lengua, en las creencias i ciertos usos. Propagados primero entre los araucanos del lado de Chile, pasaron en seguida al oriente llevados por las tribus que emigraban a las pampas argentinas (2). Esta es la esplicacion de encontrarse hasta el extremo sur de la Patagonia huellas de la civilizacion incaica i no, como creyeron algunos cronistas, que ello se debia al hecho de haberse extendido hasta ahí la conquista de los incas.

Méjico i el Perú fueron grandes confederaciones de tribus que no alcanzaron a constituir una verdadera nacionalidad. Por eso los conquistadores pudieron combatir las i dominarlas en globo, en un solo ejército, el cual, vencido en esta forma, no tuvo la organizacion técnica que le hubiera permitido rehacerse en distintas fracciones i lugares. Sin embargo, ambas formaban entidades guerreras i de expansion territorial.

Si bien el ejército mejicano tenia una organizacion mui superior a las de las otras razas de los continentes del norte i del sur, no se diferenciaba de ellas en ciertas particularidades comunes a todas: habia consejo antes de emprender las hostilidades, notificacion al enemigo, prácticas religiosas, se enviaba espías disfrazados al país contrario, se daba principio a la batalla con un ruido espantoso, en el primer ímpetu se ponía un esfuerzo supremo, usaba embos-

(1) *Ethnographie de l'Amérique antartique* por P. de Lucy. Fassarien, páj. 129; edicion de 1884.

(2) Lucy. Forssarieu, libro citado.

cadás, finjia retiradas, ponía su mayor empeño en hacer prisioneros (1).

Las poblaciones preincaicas, que los conquistadores cronistas llamaron aquí, como en todas partes, behetrías fueron reuniones de parientes cuya característica primordial era la belicosidad (2). Esas behetrías, ántes del advenimiento de los incas peleaban interminablemente entre sí i despues con los ejércitos del imperio que tuvo su cabecera en el Cuzco. Los caudillos militares de las corporaciones de parientes, elegidos accidentalmente para dirigir un ataque o repeler una agresion, fomentaban tal estado de guerra para hacerse los jefes permanentes de las tribus. «I así salían bandas de unas rejiones a otras a hacer guerrerías i robos i muertes i usurpar las tierras de los otros (3).

Los araucanos de este i del otro lado de los Andes poseían todas las peculiaridades guerreras de las demás colectividades americanas. Efectuaban la asamblea prévia a la expedicion i el nombramiento, cuando se trataba de una confabulacion de varias tribus, de un jefe director de la correría o de la defensa. Las abstinencias sexuales i de ciertos alimentos (tabú) se observaban con toda estrictez. Intervenia el adivino ántes de emprenderse una campaña i a menudo mientras se verificaba. Se adornaban con plumas, pieles o cabezas de animales para adquirir por majia simpática sus propiedades. Segun el cronista Rosales, pasaban por las patas de los caballos el cálculo que se forma en el estómago del huanaco, llamado por los españoles piedra besoar, para que se les comunicase a aquéllos la ligereza de estos rumian-

(1) *Historia Indica* de Sarmiento; *Crónica* Cieza de Leon.

(2) *Historia Antigua de Méjico* por Francisco Clavijero. traducida por don José Joaquin de Mora, tomo I, páj. 334.

(3) *Historia Indica*, Sarmiento, páj. 32.—El doctor Juan Steffen ha hecho un resúmen de estas guerras de las comunidades independientes con el imperio de los incas en su monografía titulada *Anotaciones a la Historia Indica del capitán Pedro Sarmiento*.

tes. Otras veces le restregaban las plumas de los pájaros de mas rápido vuelo, o les daban a beber una cocción de las yerbas que estos comían. Peleaban desnudos desde la cintura para arriba i ántes se pintaban la cara, por costumbre inveterada i para atemorizar al enemigo.

Las bravatas, los insultos i amenazas al enemigo, los desafíos singulares, los brincos cuando iban a pié, parecían iguales en todos sus detalles a los usados por las otras razas. La misma analogía se notaba en el estrépito de la carga; el vocerío producido por el golpe de la mano en la boca, el ruido desacompasado de los cuernos i la carrera de los caballos, eran entre los araucanos, como en todas partes, de regla indispensable.

Guerra de estratajemas fué la que practicaron los aboríjenes chilenos, como los demas del continente, que se singularizaba por la astucia para sorprender al enemigo, para tenderle trampas, engañarlo con falsas retiradas, atraerlo a sitios peligrosos. No podían concebir planes complejos, que son el fruto de mentalidades bien desarrolladas i la aplicación de métodos científicos, discutidos y aprobados por un conjunto de especialidades.

Los cuadros araucanos, reunidos en un solo cuerpo de ejército, carecían, por la misma constitucion de núcleos familiares independientes, de unidad para la direccion i de eficacia para obrar con detenimiento, segun las fases de la pelea.

La táctica se ejecutaba con una semejanza completa a la de otras colectividades indíjenas: la cercanía de las huestes invasoras se anunciaba de una comarca a otra con humaredas i con el cuerno a las casas de un mismo paraje. La primera acometida, una vez evitadas las descargas de la fusilería, asemejaba por su ímpetu i furor a un torrente incontenible; si se le rechazaba, sobrevenia la fuga aterrada, la carrera hácia atras o los flancos; si los pelotones de jinetes indios lograban introducirse en las filas contrarias, seguía la lucha de «entrevero», esto es, revuelta, de cuerpo a

cuerpo, al arma blanca, que se les presentaba en mejores condiciones de ventajas.

Los araucanos, como todas las demas razas americanas, han sido valientes, audaces i hasta temerarios en sus combates; mas, no por eso dejaban de ser accesibles al miedo en circunstancias peligrosas, i sobre todo, su valor era colectivo. El indio de todas las colectividades del continente no ejecutaba actos de heroismo estando solo; si a uno lo atacan en mayor número en un camino, huye y no muere en la contienda. Un célebre viajero del siglo XVIII, decía a este respecto de los indios de América del norte: «No habrá ejemplar de que hombre a hombre ó número igual de una parte y otra, hagan frente los indios a otras jentes, sean europeos ó negros africanos» (1).

En los levantamientos de la república, se recuerda que algunos indios mandados fusilar por causas especiales, no manifestaron alguna entereza ejemplar. Al contrario, algunos morian con visibles muestras de terror o pusilanimidad. Como en 1849, el jeneral don José María Cruz mandó fusilar a un indio con una carta en la boca, sorprendido con ella de tránsito para alguna tribu invitada por otra a sublevarse. Fueron tantas la súplicas del infeliz prisionero, que el oficial encargado de ejecutar la orden le gritó «¡Eh! déjate de gritos y muere como hombre!» (2).

Con frecuencia se ha visto por los caminos de la Araucanía que uno o dos ebrios acometen a un mapuche repentinamente; éste se defiende, baraja con el brazo, pero no ataca. Otra cosa sucede si él va a media ebriedad, si anda acompañado o está en su casa; entónces embiste resuelto (3).

El araucano ponía un empeño extraordinario en hacer pri-

(1) Antonio de Ulloa *Noticias Americanas* páj. 265.

(2) Ese oficial fué don Daniel Sepúlveda, después respetable vecino de Angol; comunicó este hecho al autor.

(3) Varias veces el autor ha presenciado estas escenas e intervenido en ellas.

sioneros, que en el primer siglo de resistencia a los españoles sacrificaba irremisiblemente en una aparatosa ceremonia, como prescribía el uso en la casi totalidad de las poblaciones americanas. Los cronistas chilenos, especialmente el padre Rosales, detallan los actos de refinada barbarie con que se llenaba el ceremonial de los indios de Arauco.

El botín, entre los aborígenes chilenos como en todas partes, servía de apremiante estímulo al instinto de agresión.

Otro rasgo característico: rara vez el indio se hallaba dotado de previsión, que constituye un factor tan importante en las proezas de una contienda armada.

Se ha exagerado a este propósito el talento previsor de Lautaro para dirigir en Tucapel una batalla con todas las reglas estratégicas de un jeneral experimentado: tomó posiciones ventajosas, dispuso escalonadas las fuerzas indígenas i preparó las reservas para afrontar lo imprevisto.

Hubo, en realidad, en esa jornada un despliegue excepcional de la astucia propia de los indios para ocultar la jente en puntos adecuados i para atraer a Valdivia a una emboscada peligrosa. Todo lo demás fué ocasional i no debido a medidas que se toman en conformidad al desarrollo de un sistema adelantado i preestablecido. Acaso por primera vez entraron los indios al combate por grupos sucesivos.

Debióse, sin duda, este ataque escalonado a la circunstancia de haber entrado en pelea, en primer lugar, las porciones que esperaban a los españoles i que eran del núcleo familiar invadido i en seguida las que iban llegando despues notificados de antemano i advertidos de la presencia del enemigo por las humaredas que se hacían con este objeto. El puñado de hombres de Valdivia, 60 al decir de los cronistas, fué encontrándose así con tropas de fresco, que al fin lo cansaron i destruyeron.

Ercilla dió a la intervencion de Lautaro proporciones jenuales: en unas cuantas horas detuvo al ejército araucano que flaqueaba, lo arengó i llevó al combate en nueva formación; todo eso es inverosímil i fantástico, debido a la pro-

pension del poeta a engrandecer a sus héroes i crear escenas contrarias a los usos de los indios. Seguramente que impuso a los indios del poco número de españoles i de la manera de cansar los caballos; pero no pudo imponer planes en pocas horas sin tomar la dirección de los cuadros indíjenas, que correspondian a los caciques i toquis. De suyo suspicaz, el indio no daría de buenas a primeras el mando a un desconocido. Talvez despues de la muerte del jefe de los conquistadores debió ser elegido toqui de alguna seccion, sin haber alcanzado a la dignidad de cacique, puesto que no tenia parentela ni tierras.

El poema de Ercilla está lleno de estos episodios imaginarios. Basta recordar el que le dió el puesto de toqui jeneral a Caupolican despues de haber sostenido por mas tiempo que sus rivales un grueso madero sobre los hombros. Un cronista mui bien informado de los primeros episodios de la conquista expresa, entre otras opiniones, la que sigue: «Digo pues que ni el indio tuvo el madero tanto tiempo como allí se refiere, ni tampoco fué este el negocio en que consiste ser electo capitan jeneral, porque no son los araucanos y tucapepinos tan faltos de entendimiento que viniesen a reducir todas las buenas partes necesarias para tal oficio a una sola y tan menuda prueba como era el sostener un árbol siendo el indio mas incapaz de todos para tal cargo» (1).

No obraron, pues, condiciones especiales de raza i belicoidad en la prolongada resistencia de los araucanos a los españoles, sino otras causas mas complejas i numerosas.

En primer lugar, la constitucion misma de las comunidades. Todas las secciones familiares que ocupaban comarcas o zonas, con accion independiente de las otras, se defendian tambien solas, sin la ayuda de las demas, a no ser que hubiese varias tribus confabuladas de antemano. Resultaba de esto que en las invasiones de los españoles, las campeadas o correrías de cuadros poco numerosos, se iban produciendo

(1) Mariño de Lobera; *Historia*, páj. 149.

resistencias escalonadas, que hacian interminable la lucha i en extremo fatigosa para unidades militares tan reducidas. Pero, cuando eran fuerzas respetables las que invadian el territorio i podian arrollar varios grupos a la vez, paseábanse triunfantes en todas direcciones i los indios huian de sus viviendas. Recuérdense a este respecto las campañas de los gobernadores Hurtado de Mendoza, Alonso de Sotomayor, Alonso de Ribera i varios mas.

Otra causal de la prolongada resistencia araucana a las armas españolas fué la topografía quebrada del terreno. El medio físico de accidentes jeográficos desiguales i de difícil acceso, un clima riguroso, particularmente en la estacion de invierno, tuvieron considerable influencia en la tenacidad guerrera de los araucanos. Las montañas que cruzan la Araucanía presentaban a los indios lugares adecuados para las retiradas i las sorpresas. En los territorios llanos se verificaban con menos frecuencia las emboscadas. Las selvas impenetrables que cubrian las cordilleras i sus contrafuertes avanzados hácia el valle central, los rios caudalosos, los terrenos de pantanos, las quebradas, las cuestas escarpadas, dificultaban las correrías de los conquistadores; solo el vigor físico i la voluntad férrea de estos hombres extraordinarios podian resistir i dominar tan enormes dificultades. Los rigores de inviernos prolongados, paralizaban toda accion militar de los españoles i daban oportunidad a los indios para rehacerse i emprender a su vez incursiones que mantenian el estado permanente de hostilidad.

Antes i en el siglo de la conquista el terreno presentaba aun mayores accidentes topográficos que en la actualidad. En el valle intermedio i en los trasversales habia entónces mas campos despejados que al presente, porque no existia una gran cantidad de selvas que han surjido con posterioridad a ese tiempo.

Esas llanuras se cubrian en la primavera de abundantes pastales, en los que descollaban por su número las gramíneas

del jénero festuca (coirones), estipa, hordeum (cebadilla) bromus mangus, polypogon i otras.

Manchas de árboles de poca talla i matorrales tupidos se esparcian en todas direcciones por los llanos centrales. Las partes bajas se llenaban de agua en el invierno i formaban una cantidad estraordinaria de pantanos i lagunas (mallin), desaparecidos poco a poco mediante el acarreo de las aguas, el cultivo de los terrenos i los cambios climatéricos que se han ido operando en el curso de los siglos.

Esos lugares pantanosos se hallaban rodeados de arbustos i árboles bajos, que de ordinario penetraban hasta mui adentro de las aguas. Ahí se desarrollaban con exuberancia el polygonum (duraznillo), el muehlenbekia (quilo-quilo), el senecio hualtata (hualtata) i muchas mirtáceas i compuestas, como baccharis, typha augustifolia (totora), seyrpus (cortaderas) juncos (junquillos), sajitaria chilensis (lengua de vaca) i muchos otros jéneros, que hoi aplastados por la vejetacion importada, existen en toda su variedad únicamente en la cordillera i en los terrenos lejanos a los cultivos.

Las plantas exóticas que han reemplazado a las indíjenas son numerosas en el dia: sobresalen las gramíneas, como la avena hirsuta (teatina) bromus unioloides, lolium multiflorum (vallica); las compuestas como los cardos, anthemis cotula (manzanillon) i una cantidad de malezas como el yuyo, el rábano i las mentas.

Cruzábanse entónces un sinnúmero de corrientes pequeñas, zanjas llenas de agua i esteros, que ahora han desaparecido.

Los rios, con la frecuencia de las lluvias, eran mucho mas caudalosos que ahora (1).

Las dificultades para transitar el territorio en sus diversas zonas para grupos armados, tuvieron, por lo tanto, una magnitud de difícil comprension al presente, sobre todo para los que no conocen en sus pormenores la topografía de esta seccion del pais.

(1) Informaciones recojidas por el autor en varios años i en distintas zonas.

A la constitucion política de los núcleos familiares autónomos i la topografía excesivamente quebrada del suelo, hai que agregar todavía la densa poblacion del territorio ocupado por los indios.

En efecto, desde Itata para el sur hasta el golfo de Reloncaví, se hallaba cuajado de comunidades emparentadas. Lugares en que hoi no existen ni rastros de haber sido habitados por indios, fueron en otras épocas centros de familias numerosas (1).

En todo ese dilatado espacio, comprendiendo los valles andinos i los del oriente de la cordillera, vivian no ménos de 15,000 familias, mas talvez. Atendiendo al crecido número de miembros de que constaban los grupos de parientes a la llegada de los conquistadores, se puede calcular que el promedio de cada uno de ellos seria de 40 personas. Darian en total 600 mil indios.

Las corporaciones consanguíneas sobrevivientes nos ofrecen hasta hace poco una oportunidad mas favorables para calcular con cierta seguridad la poblacion total de aquella época. Contando las comunidades de una zona i el número de habitantes de cada familia, asignando a éstas 40 personas i calculando las secciones habitadas entónces, hemos llegado a la cifra recién anotada.

Fué decreciendo por cierto i de una manera rápida esa poblacion tan compacta. La nostalgia que se apodera de los pueblos invadidos, la rabia sorda e implacable contra el extranjero, los vicios que trae la raza superior, fueron motivos que obraron en la conquista americana para la despoblacion indijena; es una lei jeneral i por consiguiente debió influir tambien entre los araucanos. Pero el hambre que sigue a las guerras de conquistas i las enfermedades que introdujeron los españoles, motivaron mas concretamente en Arauco

(1) El autor ha hecho escavaciones en terrenos donde nadie sospechaba hubiese habido habitaciones de indios, en las provincias de Malleco i Cautin.

antiguo una mortalidad mui crecida. Enfermedades que eran soportables para los peninsulares, resultaban desastrosas para los indios. Las primeras epidemias de viruela hicieron estragos que no son concebibles ahora, a causa de los modos de curar i sepultar que usaban los indios. No poseian la nocion del contagio i atribuian el origen de la peste a maleficios de los españoles, quienes lo introducian a las tribus en algunos cereales, particularmente en las lentejas.

Si bien no en tan vasta escala, hacian ademas abundantes víctimas el sarampion, el tífus i las pleuroneumonías.

Los tercios españoles, compuestos de jente bisoña i mal equipada, carecian por lo comun de fuerzas suficientes para dominar en conjunto esa desmedida aglomeracion de indios; fuera de esta deficiencia de número i calidad, se debilitaban en necesidad de fraccionarse para atacar sucesivamente las zonas repletas de centros familiares.

La capacidad de asimilarse las prácticas militares de los conquistadores, de preferencia en lo que se relacionaba con lo exterior, con lo material, fué comun a todas las colectividades americanas. Aprendieron de los invasores a construir defensas rudimentarias i atrincherarse en ellas, a practicar sitios a los fuertes i pueblos, mas detenidos que los mui rápidos de la impaciencia propia de las masas en estado de barbarie. Adoptaron el acero en algunas de sus armas i las corazas de factura indijena. Imitaron algunos movimientos sencillos de formacion i despliegue.

Los araucanos estaban dotados, como todas las demas colectividades aboríjenes, de esta característica imitativa de todo lo que significaba actividad guerrera. Es fuera de duda que esa capacidad tuvo que aguzarse i tomar proporciones superiores a otras razas con una resistencia favorecida por causas especiales.

Las jeneraciones araucanas posteriores a la conquista alcanzaron, pues, un desarrollo militar i social superior al de los contemporáneos de Lautaro i Caupolicán; lo contrario ha sido un prejuicio de historiadores i viajeros. En los cro-

nistas se encuentra confirmada mui a menudo esta asercion, sobre todo en forma implícita. En Góngora Marmolejo, conquistador i cronista, se lee la siguiente referencia acerca de este particular: «En estos mismos dias Valdivia salió de la Concepcion con cuarenta soldados, los mas capitanes, mui en órden; no llevó mas número de jente, porque en aquel tiempo (1553) eran los indios tenidos en poco, como jente que no sabia pelear ni aun tenian ánimo para ello; mas despues que conocieron los caballos i trataron a los cristianos, supieron defender sus tierras» (1).

La Constitucion Política de las americanas orijinaba otro fenómeno social que contribuia a diferenciar mas aun su mentalidad de la de sus donominadores europeos: creaba en las secciones de parientes un sentimiento profundo de radicacion, fija, invariable, que las aislaba unas de otras, las encerraba en sí mismas, con sus modos de vivir particulares, con sus animales i productos de la tierra, que formaban parte de ésta i tenian un lugar preferente en la estimacion del indio. La nocion de nacionalidad resultaba así unilateral, limitada a la localidad, a la parentela i no a todos los habitantes del territorio que se entendian en una sola lengua i participaban de las mismas costumbres, tradiciones i modo de pensar.

El arraigo al suelo nativo se dejaba sentir en el indio con una fuerza que se sobreponía a todos sus afectos. Un cronista íntimo conocedor del alma araucana de principios del siglo XVII trae este dato: «pues se ha visto en ocasiones llegar a cautivar algunos indios de los mas ancianos i viejos, i por no salir de sus tierras, permitir les hiciesen pedazos antes que tener vida fuera de sus límites i contornos, i otros por sus mismas manos haberse dado la muerte» (2).

Penetraba hasta lo íntimo del corazon del araucano la as-

(1) *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575*, páj. 35.

(2) *Cautiverio Feliz*, Núñez de Pineda i Bascañan, 70; edicion de 1863.

piracion de morir en su tierra natal, ser enterrado cerca de sus mayores i con las ceremonias que a ellos se aplicaron.

Ha sido de todos los tiempos este apego entrañable a la localidad de los parientes. Hasta estos últimos años no ha sido rara la desercion de estudiantes de los dos sexos que huyen de los internados o pensiones particulares en busca de sus inolvidables lugares. Jóvenes hasta de veinte años, ya en cursos adelantados en establecimientos de Santiago, se niegan rotundamente a quedarse en el mes de vacaciones de setiembre en esta ciudad, aunque se les presente un programa tentador de fiestas, i prefieren ir a buscar impresiones araucanas en el ambiente físico i social de los suyos (1).

En contadas ocasiones tambien, los hombres dejan el lugar de su nacimiento para ir en demanda de trabajo a pueblos i fundos vecinos; pero lo hacen provisionalmente i en iguales condiciones se trasladan a la Arjentina.

El sistema de colonizacion tendió siempre a violentar estos sentimientos tan hondos, arrebatando hombres i mujeres para esclavos, quemando habitaciones i arrancando sembrados. El tinte especial de crueldad i atropellos de los conquistadores i encomenderos, se trasparenta perfectamente en las quejas amargas de caciques mui viejos, descendientes de otros que alcanzaron los sucesos de la conquista, consignadas a principios del siglo XVII, en la crónica de Núñez de Pineda i Bascuñan.

Esto contaba al cronista, entónces prisionero, uno de esos ancianos i respetados jefes de familia: «Con la codicia grande de los vecinos, el inhumano trato (dijo) para con nosotros, que parece que solo cuidaban de menoscabar i consumir nuestra nacion, no dándonos de comer, teniéndonos en un ordinario trabajo de las minas, dejándonos morir en ellas,

(1) Incitados por el autor algunos jóvenes a quedarse en Santiago en las festividades de setiembre, le contestaban que preferian irse a sus tierras a jugar chueca i comer *apol* (sangre de cordero cruda i aliñada dentro del mismo animal).

sin asistencia de nuestras mujeres, sin el consuelo de nuestros hijos i sin el regalo de nuestras casas; los continuos i lamentables robos de nuestras reducciones, llevándonos los hijos i las hijas con violencia, vendiéndolas por esclavas de secreto; la crueldad tan feroz de las mujeres, que a sus criadas las quemaban vivas i dentro de sus aposentos las enterraban; la libertad con que se servian de nuestras hijas i mujeres, hasta forzarlas los hombres a la vista de sus padres i de sus madres, i aun de sus maridos; i otras cosas mas graves que pudiera referiros» (1).

Otro cacique concluia de este modo sus informaciones sobre crueldades, cautiverios i tributos onerosos: «I lo mas insoportable i penoso a nuestras vidas, era el no poder gozar libremente de nuestros hijos i mujeres, porque de ellos se servian con la misma opresion que pudieran hacerlo de esclavos conocidos i feriados» (2).

Son tantos los testimonios que consigna el cronista, tomados directamente de caciques contemporáneos o inmediatos al primer período de la conquista, que habria materia para llenar muchas pájinas de citas i trazar un cuadro interesantísimo por la veracidad de las informaciones i por contener el pensamiento jenuino de los indios en lo que se refiere a los conquistadores, aunque las espresiones pertenezcan al escritor prisionero mencionado.

Esta comunicacion comunista imprimia, pues, ciertos rasgos especiales a la mentalidad araucana, fuera de los que se relacionan con la índole guerrera.

Carecian los araucanos de esos sentimientos patrióticos que nacen de ideales mas altos en los pueblos individualistas o evolucionados, como el amor a las instituciones, al pais en estenso i no al lugar restringido, a las tradiciones comunes.

El individuo pensaba i sentia en conformidad a la familia; subordinaba su accion a las conveniencias i dictámen de la

(1) *Cautiverio Feliz*, páj. 306.

(2) *Cautiverio Feliz*, páj. 415.

colectividad; solo tenia vida como fraccion del grupo: únicamente existia la persona colectiva, que poseia i se casaba.

Los sentimientos afectivos perdian en intensidad a medida que se ensanchaba la parentela: la mujer aparecia como instrumento de trabajo; los ancianos i enfermos se trataban con indiferencia, las relaciones entre padre e hijo, entre hermanos, etc., perdian esa elevada union que tienen en sociedades constituidas de otra manera. Entre los araucanos, como entre las otras estirpes americanas, los hijos solian dar de bofetadas a sus padres.

La reconcentracion de los sentimientos en la familia traia el egoismo de raza, la incapacidad de afeccion por los demas hombres, excepto en casos particulares de amistad, de reciproca retribucion de atenciones impuesta por el uso.

El concepto de lei i justicia se adaptaba a la organizacion: una i otra tenian por única finalidad el interes del grupo; la pena revestia un carácter compensativo de los perjuicios inferidos a la colectividad i no al individuo.

La propension de adquirir aparece anulada; se fortalece cuando adelanta el estado social.

Por otra parte, la familia de los componentes sociales indijenas diferia notablemente de la de sociedades civilizadas; mientras que ésta se fracciona i se dispersa, aquélla se agranda por ramificaciones que permanecen siempre unidas al tronco jenerador.

Las prácticas religiosas eran en estas sociedades colectivas, i por consiguiente en Arauco, exclusivamente domésticas: el culto a los mayores, las invocaciones, las ofrendas a fuerzas sobrenaturales se hacian tan solo para obtener la felicidad del conjunto.

Particularidades de otro orden diferencian mucho mas aun la mentalidad de los araucanos de la de sus dominadores de la conquista.

(Continuará).